

el poder de Dios, que en sólo un instante y á su arbitrio, abate lo más alto y eleva lo más bajo y rastrero. Más y más irritado con esta explicacion el Monarca, dijo que él podia destruir y había ya destruido á todos sus enemigos: que no había ni en la tierra ni sobre ella quien tuviera la facultad ni los medios de derribarle; y que, de consiguiente, lo que se acababa de leer y de cantar en el coro no pasaba de fábula, inconveniente é irrespetuosísima hácia el jefe del Estado, y nociva al Estado mismo por las extraviadas y peligrosas ideas que despertaría en los vasallos; en cuya virtud, quedaba solemnemente prohibida desde ese punto la repeticion en aquel ó cualesquiera otros oficios eclesiásticos, de los consabidos versículos latinos, que tampoco podrían ser vertidos en romance sin delito de lesa-majestad. Dicho lo cual, volvió á divagar ó á dormirar el Rey, y continuaron las vísperas.

Aquí es donde, sobre todo, necesito apelar á la fe de mis lectores y apoyarme en la crónica inglesa. Segun ella y otras noticias é inducciones posteriores, por permission y disposicion divina, los espíritus del Rey y del Bufon cambiaron mútua y respectivamente de cuerpo, quedando albergada el alma de Roberto en la fea y enojosa

cárcel material de Benito; y alojándose el alma de éste en la arrogante y suntuosa forma del soberano de Trinacria, y por ende en el trono y con derecho de horca y cuchillo respecto de todo siciliano: suceso sin precedente, que es muy dudoso que se haya repetido, y que, como es fácil suponer, se realizó sin protesta, ni conocimiento, ni simple sospecha de los canónigos, ni de los fieles de Siracusa, ni de los demás vasallos de la corona, ni de los grandes y buenos amigos y parientes de Roberto; si bien, como el corazon de la mujer es lo ménos susceptible de engañarse, la del antiguo Monarca, viendo algo de raro é inexplicable en el nuevo, acudió á tiempo á refugiarse á la sombra de su cuñado el papa, y se retrajo en un convento de Roma.

Para no anticipar noticias, diré que, terminadas las vísperas, Benito, á quien el esplendor de su nueva posicion tenia bien despierto, se retiró con sus ministros y cortesanos, no sin otorgar alguna merced á la iglesia y al cabildo; y Roberto, que se habia quedado dormido despues de su cólera, fué despertado por las llaves del sacristan y echado á deshora por el perrero. Llamó á la puerta del palacio; le abrieron; penetró con desenfado, ó, más bien, con enfado sumo en la

sala del trono, y como quiso despojar de él á Benito —que ya estaba allí bien hallado— y protestó ahorcarle en compañía de todos los personajes presentes, rióse de buena gana la corte y convino en que la sal y el chiste del Bufon cada vez eran mayores, y en que debía aumentársele el sueldo.

V

Primera época del reinado de Benito.

Pocas trasmisiones de poder habrá habido más pacíficas que ésta, lo cual fácilmente se comprenderá despues de lo expuesto.

Como el nuevo Rey entraba en posesion, no sólo de las prerogativas, sino tambien del físico y hábitos del antiguo, no tuvo que estudiar el modo de empuñar el cetro, de calarse la corona y de llevar con aire despejado el manto; y pudo consagrar toda su atencion y todo su tiempo á los altos y bajos asuntos públicos.

Se ha dicho ya que Benito era humilde en su mo grado, y de no malos sentimientos. Trató, pues, comedido y afablemente á grandes y pequeños; dispensó á su pueblo el bien de la justicia, que cada día escasea más; y, recordando

las angustias de su propia pobreza, bajó la tasa del pan y de la sal.

Incapaz, por lo limitado de sus conocimientos y aspiraciones, de comprender las ventajas ni los medios de cegar las fauces de Charibdis y de apagar el resuello al Etna, tuvo, sin embargo, el buen sentido de dejar que sus ministros siguieran hablando de la urgente necesidad de realizar esas grandes mejoras materiales, lo cual bastó á mantener contenta y satisfecha á la parte de la poblacion de Trinacria más ilustrada y ávida de progreso.

Para colmo de dichas, una invasion normanda, venida del continente italiano, fué rechazada. Benito, que no era hombre de armas, y que, para salvar la dignidad de la corona, permaneció en el pajar del palacio durante la gresca, salió despues de ella á arengar á sus tropas vencedoras y á perseguir á los vencidos; y tuvo la inesperada satisfaccion de ver su busto, coronado de laureles, en medallas de cobre como las acuñadas en honor de los emperadores romanos. Apellidáronle rayo de la guerra algunos poetas, y todo el parnaso local convino en que aquel siglo era el de Augusto para Sicilia.

VI

Penas y reflexiones de Roberto.

El brillantísimo estreno de Roberto en su segundo papel, no fué bastante á hacerle amar el nuevo oficio. Insistió en tener explicaciones con Benito y hasta quiso matarle. La corte aplaudía más y más la sublimidad del chiste; pero el Rey, que tenía sus razones para no gustar de él, privó al Bufon de espada, y en compensacion le hizo aplicar algunos latigazos. Estos y el hambre pusieron límite á las manifestaciones de la rabia de Roberto, quien llegó, por necesidad y convencimiento, á la más rara perfeccion en el arte de la bufonería.

Uno de sus tormentos más intensos nacía de la observacion de que, no obstante la ignorancia y nulidad de Benito, nadie echaba de ménos en él las altas cualidades de su antecesor; cualidades que todos, al contrario, acaso por la fuerza de la costumbre y de las ideas preconcebidas, seguían contemplando y admirando hasta con creces en el Monarca actual. Lo que hallaba todavía más desesperante Roberto, era que el reino prosperaba en paz y riqueza y en la consideracion

de los demás pueblos. El papa Urbano y el emperador aleman se enorgullecían de su parentesco con el soberano de Trinacria, y le consultaban los más árdulos negocios. El reino siciliano era un reino modelo, que pesaba más que otro alguno en la balanza europea.

El respeto y los aplausos tributados ántes á Roberto ¿lo fueron á sus propias prendas de hombre privado y público; ó á lo alto de su posicion, y á la posesion del poder, que infunde temores y amamanta esperanzas en todos?

¿Hay una Providencia que se complace en escoger los instrumentos más humildes para sus más vastas obras, y en enderezar al acierto y al bien de la comunidad el gobierno de gentes que no saben leer ni escribir?

Tales llegaron á ser para Roberto, andando el tiempo, los principales temas de sus reflexiones; sombra y figura del sistema hidropático, y que, empezando por enfriar su soberbia y calmar su desesperacion, acabaron por hacerle aceptar su bajo y despreciable oficio como justa expiacion de sus errores y desvaríos.

VII

Segunda y última época del reinado de Benito.

El antiguo Bufon, que tan excelentes dotes de gobernante había mostrado al principio, no pudo, al cabo, salir airoso de la terrible prueba de la prosperidad y de la grandeza.

Hízose flojo y holgazán, y amante de placeres vedados; y para no tener que administrar justicia, instituyó una especie de jurados que solían dejar impune el crimen.

Hízose avaro, y no bastándole los tributos antiguos, decretó una contribucion parecida á la del Timbre, haciendo aplicar obleas con la estampada figura de un ogro, en representacion del erario, al pan con que se alimentaban sus fieles vasallos.

Pero, sobre todo, se hizo orgulloso y soberbio; se olvidó por completo de su antigua bajísima condicion, ó llegó á creer que había sido sueño y pesadilla; vió con desprecio á grandes y chicos; sintióse lastimado de todo bien y contento ajeno; muy encima de las consideraciones y alabanzas que se le tributaban; fuera del más alto nivel de los hombres; sin superior en la tier-

ra ni en otras partes, y único objeto digno de la adoracion del mundo y de sí mismo.

Sin personalidades ni indirectas se podría decir que el caso era eminentemente bufo.

VIII

Nuevas vísperas.

Tal era el estado de las cosas, ó, más bien, de las personas, puesto que del Rey y del Bufon se trata, cuando un nuevo 23 de Junio hizo acudir á entrambos á las solemnes vísperas de San Juan Bautista en la catedral de Siracusa.

Pensaban el Rey en sus truhanerías y el Bufon en sus penas, cuando los canónigos, intimidados con el recuerdo de lo acaecido el año anterior y juzgando que, en conciencia, no podían alterar el texto del oficio, recitaron en voz baja y poco inteligible aquello de

“Deposuit potentes de sede,
Et exaltavit humiles.”

—¿Qué significa eso? preguntó Benito, que no sabía latin, y á quien alguna siniestra inspiracion ó vaga memoria hizo maliciar el contenido de los versículos.

—Significa que Dios abate á los poderosos y exalta á los humildes, contestó el dean; no sin apañar su breviario á guisa de escudo, al ver la alta indignacion aparecida en el rostro y los ademanes del Monarca.

—No pasa de conseja lo que rezais, continuó éste. No hay en tierra ni cielo quien pueda abatir al Rey de Sicilia, vencedor de la invasion normanda y consejero de los soberanos de Europa.

Observa aquí la crónica que Benito, por inspiracion y movimiento propios y espontáneos, volvió á su papel y oficio de Bufon en el punto en que ahora remedó las frases y ademanes de Roberto en las vísperas anteriores.

Recobrando el mismo Benito su antigua condicion y su antiguo cuerpo, el verdadero Rey volvió á juntarse con el suyo; y se agrega, redundantemente á mi juicio, que estaba muy aprovechado de la leccion, y sin riesgo de olvidarla.

IX

CONCLUSION.

Esta segunda trasmision de poder pasó tan inadvertida como la primera.

La gente, que comenzaba á murmurar y á ra-

biar con los desmanes de Benito, se calmó y contentó, y reanudó el coro de sus alabanzas á Roberto, á quien nada había que pedir en el desempeño de su alto encargo.

No obstante ello, esa misma gente, fastidiada al cabo de algunos meses, del exceso de paz y prosperidad, y deseosa de emociones y cambios, fué á agruparse en torno de la bandera comunista que el Bufon, mal hallado con su segundo cambio y creyéndose indebida é indignamente despojado de la púrpura real, acababa de levantar en las asperezas del Mongibelo, prometiendo, entre otras reformas, la abolicion de la especie de Timbre que él mismo había decretado.

Roberto allegó sus tropas, marchó con ellas contra Benito, y en un abrir y cerrar de ojos le derrotó y ahorcó.

Y aquí termina la historia del Bufon que nunca dejó de serlo.

La gente que le seguía, al verse vencida y deshecha, empezó á maliciar su propio error, y acabó por declararse partidaria de Roberto, ganarle sueldo, y proclamarle el mejor de los reyes en el mejor de los pueblos sábiamente gobernados.

Ni esto, ni la experiencia que habia práctica-

mente adquirido Roberto en sus días de expiación, cooperaron á hacerle formar de la especie humana en general, y de las dulzuras, ventajas y eficacia del poder, mejor idea que la que ya tenía en mientes. Había visto que los vasallos son carneros ó tigres de quienes no es fácil sacar partido; y que el monarca más celoso y justiciero no puede remediar, ni conocer, ni sospechar siquiera los abusos y los padecimientos de que son víctima los súbditos. Al recobrar Roberto la humildad y la bondad, y al ganar en saber y experiencia, se había inutilizado para el mando. ¡Cosas de este mundo y de nosotros los hombres! Contra el dictámen de los más notables de Sicilia, y de acuerdo con sus hermanos el emperador y el papa, convocó en Siracusa córtes, y ante ellas se despojó de la corona y la puso en las sienes de un sobrino más ó ménos listo ó negado; yéndose él en seguida al campo, á plantar vides y á fundar y curar colmenas, y á amar á su mujer, y á filosofar á sus anchas, sin temor de aduladores, ni de asesinos, ni de pretendientes de empleo, y aconsejando á los demás sicilianos, ya sus iguales, que se conformaran con lo que Dios da, y no pidieran gollerías á los gobernantes.

¡Con qué vicio se dieron las uvas, y qué copia de miel hiblea, verdaderamente garantizada, se juntó en la heredad de Roberto! ¡Cómo le proporcionaron las unas el generoso vino que alegre y conforta la vejez; y le hizo la otra más sabrosas las hojuelas á que siempre fué tan aficionado! ¡Qué amante y hermosa era la griega, siempre jóven, sin albayalde ni postizos, ni melindres de sensible, ni presunciones de erudita! ¡Cómo alegraban la vista de los esposos, en bellísimas lontananzas y bajo un cielo siempre sereno y despejado, los valles y montañas de Trinacria y las azules y espumosas ondas del Mediterráneo! ¡Cuán bien les arrullaban el sueño los rugidos del Charibdis y el Etna que no había ya necesidad de cegar y apagar! Pero, si yo siguiera hablando de paz y bienestar y satisfacciones campestres, se trocaría en idilio mi cuento. Doile punto, agregando, con referencia á la tradicion, que aquí termina la historia del Rey que se hizo bueno y no sirvió ya para rey.

